

Ras, Matilde. *Cuentos de la Gran Guerra*. Edición, introducción y notas de María Jesús Fraga. Prólogo de Ángel Viñas. Sevilla, Espuela de Plata, 2016. 244 pp.

Olvidados durante muchos años tras su publicación en 1915, estos cuentos de Matilde Ras (1881-1969), más conocida posteriormente como grafóloga que como escritora, han recibido una oportuna edición de María Jesús Fraga, que lleva un tiempo estudiando a la autora. Son textos de gran originalidad e indudable interés también desde un punto de vista histórico y sociocultural, que aparecen ahora en sincronía con una selección del intercambio epistolar largamente sostenido por Ras con Elena Fortún (*El camino es nuestro*, editado junto con Nuria Capdevila en 2015), y el artículo sobre “Publicaciones cervantinas de autoría femenina (1905-1916)”, en el número 22 de la revista *Lectora* (2016), en el que junto con María Luisa Martín Murillo repasa María Jesús Fraga ensayos de temática e inspiración cervantina de escritoras españolas: María Lejárraga, Concha Espina, Carmen de Burgos, Blanca de los Ríos, la propia Matilde Ras y, desde luego, Emilia Pardo Bazán.

No figura ejemplar alguno de estos cuentos en el catálogo de la Biblioteca Nacional, como recuerda Ángel Viñas en el prólogo, ni se recoge en los recientes catálogos sobre la literatura y la gran guerra que publicaron *Insula* en 2013 y *Monteagudo* en 2015. *Lectora* de noticias de la guerra en la prensa, Matilde Ras iría siguiendo el arranque de las peripecias bélicas –esperanzadoras para los aliados–, como telón de fondo al hilo argumental de sus relatos. Había escrito antes, y escribirá después, novela corta, además de diarios, ensayo y teatro, muchos artículos en publicaciones periódicas, un consultorio grafológico y textos varios de grafología. Su madre era una mujer cultivada, con la que compartiría viajes y traducciones del francés –la lengua culta que ambas veneraron–, pero no el modo de ver la vida, librepensador en aquella y conservador en Matilde. Nacida en Tarragona y en pleno auge del florecer catalanista, mantendría siempre un gran amor a la lengua y la literatura castellanas, a Cervantes muy en especial: le interesaba sobre todo el carácter de los individuos, hombre o mujer, bajo cualquier forma de expresión o conflicto.

Los cuentos, que aparecen ahora en una tirada tan solo de 400 ejemplares, fueron editados en 1915 por la editorial de la revista barcelonesa *Estudio* (1913-1920), portavoz de la Societat d’Estudis Econòmics, y que fundara por su hermano Aurelio. Allí mismo se publicaron también los libros sobre la Gran guerra de *Gaziel*, y su proyección aliadófila es muy visible.

La originalidad es sin duda la nota que mejor define a las narraciones que aquí se contienen, por desdicha eclipsadas tras su publicación. Pues no fueron muchas las mujeres españolas que, en el contexto de neutralidad formal del país, se apresuraran a mirar, frente a frente, el drama de la guerra europea y afrontar los profundos cambios que conllevó, como ciudadanas, como madres o simplemente como mujeres. Mujeres situadas en la encrucijada de una extensa revitalización, producto de las circunstancias de la guerra, de un tipo de virilidad apoyada en el patriotismo que,

ya en la trinchera o ya en la retaguardia, se alimentaban y reforzaban bidireccionalmente. Sabemos de las corresponsales de guerra, Sofía Casanova o Carmen de Burgos, o de la irrupción accidental de una personalidad femenina bien reconocida en su momento, y permanentemente inquieta por el decaer de los valores como fue Rosario de Acuña, que al hilo de la guerra, como madrina de un soldado voluntario español, hiciera de su introspección autobiográfica ejercicio de transparencia intimista abocado de modo excepcional al espacio público. Pero lo que en estos cuentos de temática bélica y estrictamente contemporánea a los hechos que escribió Ras se nos ofrece es algo diferente, digno ya solo por su rareza y particularidad de darse a conocer y volverse a pensar.

Así siendo importante, como es, la inserción de estos cuentos en el elenco breve de aquellas mujeres a las que la Gran guerra llevó en España a escribir en su día sobre su devenir, resulta aún de mayor interés –a mi modo de ver– el resaltar que la escritura de Matilde Ras, en ese preciso momento y ocasión, constituye una muestra interesantísima del abordaje, por una mujer conservadora y de gran cultura humanista como ella fue, de la cuestión del nacionalismo y la virilidad exacerbados con ocasión del reto patriótico. En su caso, ya hemos dicho que pondría su pluma al servicio inmediato de Francia, aquel país del que había aprendido su patrón cultural. Alguno de los cuentos puede entenderse incluso como metáfora del papel a jugar por una alineada España junto a los aliados: así narraciones como “Los tres alegres camaradas” o “Ícaro”, donde el español, que trabaja y vive en París, decidirá ayudar como enfermero, y cuidando a un aviador alemán herido a manos de los ingleses, dará pie al relato de una historia de amor cuyo eje principal es, complicando el esquema, la locura. La moraleja es, sin sorpresa ninguna, no disparar jamás contra un francés...

Noucentista en estilo y circunstancias, heterodoxa y tardíamente romántica, Matilde compartiría también con otros muchos coetáneos –varones y mujeres– miedos y suspicacias ante la variación rampante de conductas sexuales y comportamientos que se venía entendiendo, al menos desde un cuarto de siglo atrás, como una generalizada amenaza de “hipovirilidad”, aquel temido reblandecimiento del carácter masculino, del valor y la fuerza del varón que entrañarían debilidad de carácter e indecisión ante la guerra, y aún resistencia a entregar a la patria la vida propia. El discurso patriótico del país en armas entrañará el rechazo obligado, para los contendientes, de toda veleidad antibelicista y de la tentación de escapar al servicio supremo a la nación. Y es quizá en el último de los cuentos, “Plática doméstica”, donde tras un doloroso intercambio de pareceres entre padre, madre e hijo –este ya a punto de partir– mejor se sigue la victoria de la razón suprema, al tiempo que deja ver la asunción tradicional de estereotipos de género con la que Matilde Ras celebra la derrota de la tentación pacifista y las vacilaciones del muchacho: “Al llegar aquí, la debilidad femenina ahogó en súbito llanto aquel varonil arranque, y sentándose junto a la mesa, la pobre mujer se cubrió el rostro con el pañuelo, sollozando...”

La guerra desencadenada por la “barbarie” –en la que la autora se sintió interpelada desde su Cataluña natal, más activa de lo que sugería la neutralidad oficial del país–, ofrecería a Matilde Ras, atendiendo a lo que ella misma definió como un “compromiso ineludible”, la oportunidad de describir personajes masculinos que encarnaran aquella preocupación y resolvieran sobre el papel los conflictos de carácter y de conducta que, siempre inclinando hacia Francia a los lectores, desplegarían un fortísimo componente moral. El vicio de los jóvenes –en este caso sin acudir a la intervención de la educación blanda que tanto se achacaba a muchas madres de la bur-

guesía— está, sobre todo, patente en el cuento “Vencido”. Ahí es donde la descripción del carácter viciado, incluso en rasgos de fisonomía, va a apurarse por la escritora catalana más. La moraleja: que escapar a la llamada a filas —luego negar y desairar a la patria y a la familia juntas, y en consecuencia deshonorarse como ser humano, como individuo—, no evita sin embargo la muerte propia en malas circunstancias, destrozado y sin gloria, a golpes de un rival.

Hay otros temperamentos débiles, incluso cuando el personaje juvenil es bondadoso y no vive ceñido al vicio, como ocurría en el cuento anterior. En “Antes y después de la guerra”, se despliega de nuevo un argumento de locura —mujer de cierta edad, viuda—, tocada por ese incontrolable mal que acecha oculto en el oscuro y misterioso laberinto orgánico de los seres humanos, un nudo resuelto gracias a un joven bretón tímido de carácter, cuya valentía sin embargo al lanzarse al agua para salvar a la mujer del suicidio, y en combinación con su llamada a filas, lo devolverá al pueblo a los seis meses herido y enfermo, pero investido por la guerra de un carácter más fuerte, más viril; la guerra le ha proporcionado experiencia, aplomo, seguridad, incluso capacidad de expresión oral: los vecinos le admiran cuando narra las hazañas del frente. Será así el convencimiento de su propio valor el que empaste la acogida calurosa del pueblo y le otorgue prestigio a alguien que antes ignoraba su entorno. Tenemos de este modo una descripción heroica, todavía romántica e idealizada de la guerra: en las trincheras no se percibía aún —ni literaria ni políticamente— el miedo y la angustia que, algo más tarde, van a sobrevenir.

Que la guerra tendría un efecto positivo en la maduración de las personalidades —especialmente en las masculinas—, dicho explícita o implícitamente por la autora de estos cuentos en más de una ocasión, era un argumento, quizá a veces “creencia”, que compartía la prensa con las autoridades gubernamentales en los primeros tiempos de la guerra. Como es sabido, como un modo inmediato de mantener la Unión sagrada y no facilitar el previsible derrotismo. Más tarde vinieron los desastres y las decepciones.

Es con otro tipo de decepción —el incipiente nudo amoroso roto por la guerra— con el que empieza precisamente la serie de relatos de Ras. Es su protagonista principal excepcionalmente una mujer, la institutriz francesa que, confiada en una posible relación sentimental con un joven de la casa, se ve defraudada por la inclinación germanófila de aquella familia a la que sirve y, más aún, por la debilidad de carácter del propio joven, obediente a esa vinculación. La patria es igualmente un asunto que incumbe a las mujeres, y es preciso notarlo en este arranque. Pero a partir de ahí, cogerá fuerza en los relatos de guerra de Matilde Ras aquel otro argumento: la debilidad hipoviril. Así cuando describe aquel “joven caprichoso”, “casi demasiado hermoso”, que toca el piano hasta altas horas de la noche, cuyos estudios no quisieron incentivar sus propios padres juzgando su organismo demasiado débil para someterlo a la disciplina de las clases; el joven que iba a ser llamado a filas (“Avatar”), y que en el frente, al entrar en combate, descubre con sorpresa su valor, su propio ingenio y fuerza, la solidaridad y camaradería de las que es capaz, su espíritu de sacrificio, la fe en sí mismo y hasta qué punto es útil el despliegue patriótico de su actividad. La guerra es así la oportunidad de que los individuos mejoren su carácter en todo su potencial: al retornar, herido pero leve, el joven se sentirá con fuerzas de reprochar a sus padres lo erróneo de su educación. Sin duda, de la guerra puede volverse más instruido, como el chico humildísimo y sin instrucción alguna, un bruto de buen corazón, que aprende a escribir cartas a la abuela desde el frente y merecerá después el reconocimiento del pueblo (“La pesada cruz”).

La guerra puede suponer también redistribución de la riqueza, leída en positivo (“El monigote”), cuando una joven viuda de origen modesto recibe la herencia del aristócrata con el que acaba de contraer matrimonio, poco antes de morir a manos de los alemanes. Igualmente, en “Un día feliz” la autora ensaya la posibilidad que ofrece la guerra, con sus heridas, de ser y sentirse útil, y así despertar sentimientos de cariño en los demás. Creyendo ir a morir el héroe cotidiano –un español en Rusia, en este caso–, concluye que aquel había sido el día más feliz de su vida, tras haber despertado en extraños aquellos sentimientos, desconocidos para él mismo, de calidez y familiaridad, los sentimientos por los que había arriesgado. En este mismo registro, si por una azarosamente descubierta enfermedad, la tuberculosis, algún joven varón se ve excluido de servir a la patria (“Quand même”), convencido de que su vida es ya inútil, se suicidará.

Volviendo al fortalecimiento del carácter viril y sus virtudes reconocidas como propias, el cuento “Rivalidad” plantea la potencialidad de la guerra entre naciones –móvil supremo–, para resolver conflictos y rivalidades personales entre los jóvenes. La pasión de vencer al enemigo y lograr la victoria, el amor a la patria, se antepondrían a todo lo demás, a la casa, el terruño, al amor y la pugna por una misma mujer, a las distancias de fortuna y destinos... La vida de las trincheras borrarán las rencillas y acabará con los menudos intereses que antes permanecían agarrados al alma: mentalidad y sentimientos se elevarán así rápidamente.

La estrechísima relación entre el amor a la patria y el amor a una mujer, y a la vez su carácter mutuamente excluyente, puede seguirse en “Polozoff”, científico finalmente muerto en acto de servicio, redimiendo de paso el amor imposible a una aristócrata. A la *Patria*, en fin, no puede renunciarse, pero sí a la gloria artística –y juntamente al amor de una mujer supuestamente aparejado al éxito musical de su protagonista, Derhaeren, en “El mayor sacrificio”–, porque antes que nada está el deber. Y es que la patria tiene derecho a exigirlo todo, como puede leerse en el citado “Plática doméstica”. Por lo demás, la recompensa moral está asegurada: la alegría y entrega de los franceses al servicio a la República viene a ser extremada por Ras en “El hombre más afortunado del mundo”, donde el tipógrafo Rousset, que sufre la amputación de una pierna, entiende que es lo mínimo que podría ofrecer... Una guerra, por tanto, en la que el héroe convencional no existe, porque “todos son héroes” (p. 234).

No puede deducirse de lo anterior que la autora mantenga una postura indiscriminadamente belicista, y mucho menos que alabe el chovinismo (es cierto que insiste en caracterizar la barbarie y la crueldad sin par del enemigo, pero, en “Un cristiano”, dibuja un panorama de compasión ante los heridos de guerra y condena el rencor). Más ampliamente, con la metáfora del jardín destrozado (“En el retiro”), culpa de los alemanes de ejercer vandalismo sobre una obra extraordinaria de cuidado floral, obra de un español precisamente, y muestra a las claras que la autora deplora los males de la guerra, pero al igual que todo defensor de los valores aliadófilos, compartía la causa de la necesaria derrota de las potencias centrales. Los “diálogos” que se incluyen en esta misma recopilación que nos ofrece María Jesús Fraga –con clásicos de la literatura y la pintura–, además del clasicismo y la gran erudición de Matilde Ras, evidencian a su vez la dificultad de una hipotética toma de postura contra la guerra: matizados los pareceres, con argumentos a favor o en contra, siempre concluyen con el triunfo de la razón sostenida por Francia y, al fin y al cabo, solo el Caballero del Verde Gabán, en uno de los diálogos, aspira sin dudar a una pronta paz.

Los diálogos versan todos –pero aún más “El diálogo de los Siglos”–, sobre la legitimidad o no de los bandos en guerra, pero también sobre la naturaleza del tiempo nuevo, del siglo que entonces era aún niño: el siglo XX. Definir la naturaleza del tiempo nuevo es igualmente el afán del cuento “La canción de los trenes blindados”, los imponentes artefactos de guerra que, “bajo las aclamaciones o las injurias, pasamos, guerreros formidables, lanzando al viento nuestro grito donde se funde la voz de la civilización con la voz de la barbarie en una sola, la voz del siglo XX” (p. 144).

Un siglo al cual, dice convencida Matilde Ras, hay que darle su tiempo antes de juzgar su imbatible violencia, disculparlo de momento porque, hasta estallar el conflicto, nunca se habría mostrado más claro y decidido el valor de los pueblos.

Elena Hernández Sandoica
Universidad Complutense de Madrid
elenahs@ucm.es